

aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre y el furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veia mas que ruina y desolacion, y solo se oian llantos, gritos de desesperacion y lamentos. Los aliados se encarnizaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con sus enemigos. El estrago que se hizo aquel dia en los Mexicanos fué tan grande, que segun Cortés, pasó de cuarenta mil personas, entre muertos y prisioneros.

ULTIMO ATAQUE, Y TOMA DE LA CIUDAD.

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos obligó entónces á los sitiadores á retirarse de la ciudad; pero el dia siguiente, 13 de agosto, volvieron á ella para dar el último asalto á la parte de Tlaltelolco, que aun conservaban los Mexicanos. Llevó Cortés consigo tres cañones y todas sus tropas. Señaló á cada capitán su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar á los sitiados á echarse al agua hácia el punto á que debia acudir Sandoval con todos los bergantines, que era una especie de puerto, circundado por todas partes de casas, y al cual aportaban por lo comun las barcas de los traficantes que asistian al mercado de Tlaltelolco. Encargóles sobre todo que procurasen apoderarse del rey Cuauhtemotzin, pues esto solo bastaba para hacerse dueños de la ciudad, y poner término á la guerra; mas ántes de emprender aquel golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociacion. Indújolo á esto, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza; pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda

esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo asi, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los españoles. Volvió, pues, á hablar desde un sitio eminente á unos Mexicanos de distincion, que le eran conocidos, representándoles el extremo peligro en que se hallaban, y rogándoles hiciesen nuevas instancias al rey para que se prestase á la conferencia tantas veces propuesta, y de la cual solo podria resultar su bien, y el de todos sus súbditos; pues si persistia en su designio de defenderse, él estaba resuelto á no dejar aquel dia un solo Mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron á desempeñar su encargo, y á poco rato volvieron, acompañando al Cihuacoatl, ó supremo magistrado de la corte. El general español lo recibió con extraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él, con aire magestuoso, en que parecia querer manifestar cuan superior era á todas las calamidades humanas, “ahorraos, le dijo, el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Cuauhtemotzin, el cual está resuelto á morir, ántes que ponerse en vuestra presencia. No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios.” Cortés le respondió que fuese á preparar los ánimos de sus compatriotas á la muerte que muy en breve debian sufrir. Entre tanto habian venido á rendirse á Cortés numerosos tropes de mugeres y niños, que procuraban á porfia salvarse de tan extremo peligro, muchos de los cuales, por estar tan débiles, se ahogaban al pasar los fosos. Cortés mandó que no se hiciese mal á los que se entregasen; y no satisfecho con dar la orden, distribuyó varios puestos de españoles para que con su autoridad refrenasen la inhumana furia de los aliados; mas á pesar de estas precauciones, murieron á manos

de aquellas tropas, crueles y sangrientas, mas de quince mil personas, entre hombres, niños y mugeres.

Los nobles y los militares, que habian abrazado el partido de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas. Cortés, viendo que era tarde y que no cedian, empleó contra ellos los cañones, y no bastando esto, hizo con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron los sitiadores, y de tal modo estrecharon á los débiles y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron al agua, y otros se entregaban á los vencedores. La gente principal habia preparado barcas para huir en aquel último trance: Cortés, que habia previsto este designio, dió orden á Sandoval de apoderarse con los bergantines del puerto de Tlaltelolco, y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. A pesar de la diligencia de Sandoval, muchas escaparon, y entre ellas la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por aquel hábil caudillo, mandó á García de Holguin, capitán del bergantín mas veloz, que les diese caza; y así lo hizo, con tanta oportunidad, que en breve las alcanzó, y cuando los españoles se disponian á hacer fuego contra los fugitivos, estos alzaron los remos y echaron las armas en señal de rendirse. En la mayor de las piraguas estaban el rey de México, Cuauhtemotzin, la reina Tecuichpotzin su esposa, el rey de Acolhuacan, Coanacotzin, el de Tlacopan, Tete panquetzaltzin, y otros personajes. Abordó el bergantín, y el rey de México, adelantándose hácia los españoles, dijo al capitán: “Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino la de que trateis á la reina mi esposa y á sus damas con el respeto que se debe á su sexo y á su condicion;” y presentando la mano á la reina, pasó con ella al bergantín. Observando despues que Holguin miraba con inquietud las otras barcas, le dijo que se tranquilizase, pues todos los

Mexicanos, al saber que su rey estaba prisionero, vendrian gustosos á morir á su lado.

Condujo Holguin aquellos ilustres prisioneros á Cortés, que se hallaba á la sazón en la azotea de una casa de Tlaltelolco. Cortés los recibió con tanto decoro como humanidad, y les hizo tomar asiento. Cuauhtemotzin le dijo con dignidad: “Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos, cuanto exigian de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolucion, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero: disponed como gustéis de mi persona;” y poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba en la cintura, “quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.” Cortés procuró consolarlo, asegurándole que no lo consideraba como prisionero suyo, sino del mayor monarca de Europa, en cuya clemencia debia confiar, que no solo le restituiria la libertad que desgraciadamente habia perdido, sino tambien el trono de sus ilustres abuelos, que tan dignamente habia defendido y ocupado. ¿Pero qué consuelo podian proporcionarle estas protestas, ni qué fe podia dar á las palabras de Cortés el que habia sido siempre su enemigo, habiendo visto que no bastó á Moteuczoma haberse declarado su amigo y protector para preservar la libertad y la corona? Pidió al general español que no se hiciese mas daño á sus súbditos, y este le rogó diese las órdenes necesarias para que todos se rindiesen. Uno y otro fueron prontamente obedecidos. Tambien se dispuso que todos los Mexicanos saliesen de la ciudad sin armas y sin carga; y segun afirma un testigo ocular y sincerísimo (1), durante tres dias y tres noches se vieron las calles llenas de hombres, mugeres y niños, débiles, sucios y macilentos, que se restituian á sus pueblos. La fetidez que exhalaban tantos cadáveres era tan intolerable, que causó alguna indisposicion al general

[1] Bernal Diaz del Castillo.



de los conquistadores. Las casas, las calles y los canales, estaban cubiertos de aquellos objetos espantosos (1): el piso de la ciudad se halló en algunas partes escavado, por los infelices que buscaban raíces para alimentarse con ellas, y muchos árboles estaban sin corteza, que habia servido para lo mismo. Cortés mandó sepultar los cadáveres, y quemar una inmensa cantidad de leña, tanto para purificar el aire, como para celebrar su victoria.

Esparcida por todo aquel país la noticia de la toma de la capital, prestaron obediencia á Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas que por espacio de dos años hicieron guerra á los españoles. Los aliados volvieron á sus casas, satisfechos con la parte que les habia tocado, y con haber destruido una corte, cuyo dominio no podian sufrir, y cuyas armas los tenían en perpetua inquietud. No sabian que ellos mismos forjaban las cadenas que debian aprisionarlos, ni conocian que, arruinado aquel imperio, solo debian aguardar las otras naciones esclavitud y envilecimiento.

El botín no fué tanto como esperaban los vencedores. Las ropas se dividieron entre los aliados. Las piezas de oro, plata y plumas, que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron enviadas al emperador Carlos V. Todo el resto del oro que se mandó fundir, apenas llegó á diez y nueve

(1) "Es verdad, y juro amen que toda la laguna, casas y barcas, estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba; pues en las calles y en los mismos patios de Tlaltelolco, no habia otras cosas; ni podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruccion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé &c." Bernal Diaz, cap. 156. Estas espresiones de un testigo ocular, sincero, y que nunca exagera sus relaciones, dan alguna idea de aquel horrendo estrago. Yo sospecho que los Mexicanos dejaron sin sepultar muchos cadáveres, para incomodar con su fetor á los sitiadores; ni puedo persuadirme otra cosa, sabiendo la suma premura de aquellas naciones en celebrar las exequias de sus difuntos.

mil y doscientas onzas (1), tanto porque los Mexicanos echaron una gran parte al lago (2), como porque los españoles y los aliados procuraron, en el saqueo de la ciudad, indemnizarse secretamente de sus fatigas.

Fué la conquista de aquella ciudad en 13 de agosto de 1521, ciento y noventa y seis años despues de fundada por los Aztecas, y ciento sesenta y nueve despues de erigida en monarquía, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos. El sitio de México, comparable al de Jerusalem en desgracias y estragos, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles, mas de ciento. Se ignora el número de Mexicanos muertos; pero segun los datos de Cortés, de Bernal Diaz y de otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre, ó de enfermedad ocasionada por el mal agua que bebian, ó de la infeccion del aire, que, segun el mismo Cortés, fueron mas de cincuenta mil. El rey de México, á pesar de las magníficas promesas del general español, fué, despues de algunos dias, puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo á declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos (3), y de allí á tres

(1) Cortés dice que el oro que se fundió pesaba 130,000 *castellanos*, que hacen 19,000 onzas: Bernal Diaz dice que importó 380,000 pesos, que forman mayor cantidad. Entre los despojos que se enviaron á Carlos V, habia perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas, y alhajas maravillosas de oro. La nave en que se enviaron cayó en manos de Juan Florin, célebre corsario frances, y el tesoro pasó á la corte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretexto de ser el rey Cristianísimo hijo de Adán, como el rey Católico.

(2) Bernal Diaz dice que vió sacar del lago algunas cosas de oro, y entre otras un sol semejante al que envió Moteuczoma á Cortés, cuando este se hallaba en la costa.

(3) El tormento que se dió á Cuauhtemotzin, fué el de quemarle poco á poco los piés, despues de haberse los untado con aceite. Acompañólo, y murió en el tormento, uno de sus privados. Bernal Diaz dice que

años, murió ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes de Texcoco y de Tlacopan (1). Los Mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianas y humanísimas disposiciones de los reyes católicos, abandonados á la miseria, á la opresion y al desprecio, no solo de los españoles, sino

tambien de los mas viles esclavos africanos, y de sus infames descendientes, castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la supersticion de sus antepasados: ¡horrible ejemplo de la justicia divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra.

tambien se dió la tortura al rey de Tlacopan. Cortés, á pesar suyo, abrazó aquel indigno y bárbaro partido, por condescender con algunos españoles codiciosos, que sospechaban no quisiese poner al rey en tormento, por aprovecharse él solo secretamente de todo el real tesoro.

[1] Cuauhtemotzin, rey de México, Coanacotzin, rey de Acolhuacan, y Tettlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, fueron ahorcados de un árbol, por orden de Cortés, en Izancanac, ciudad principal de la provincia de Acallan, en uno de los tres dias de carnaval del año de 1525. La causa de su muerte fué cierta conversacion que tuvieron entre sí sobre sus desgracias, insinuando cuán fácil les seria, si quisieran, matar á Cortés y á todos los españoles, y recobrar sus tronos y su libertad. Un traidor Mexicano, para granjearse la gracia de Cortés, le dió cuenta de todo, alterando el sentido de las palabras, y representando, como conjuracion tramada, lo que no era mas que un desahogo de la justa pesadumbre de aquellos monar-

cas. Cortés, que viajaba entónces hácia la provincia de Comayahua con pocos españoles cansados, y con mas de 3,000 Mexicanos, creyó que no le quedaba otro arbitrio para evitar el peligro de que se creia amenazado, que el de dar muerte á los tres reyes. "Esta ejecucion, dice Bernal Diaz, fué demasiado injusta, y censurada por todos los que íbamos en aquella jornada." Ocasiónó á Cortés una gran melancolía, y muchos desvelos. El mismo autor añade que el P. Juan de Varillas, religioso mercedario, los confesó y exhortó en el patíbulo: que eran buenos cristianos, y murieron bien dispuestos; pero no hay un solo autor que haga mencion de un suceso tan notable y tan glorioso, como el bautismo de aquellos tres reyes, llenando al mismo tiempo tantas páginas de trivialidades y frioleras. Torquemada, que trabajó veinte años en la historia de México, y que llenó tres enormes volúmenes con pormenores sobre el descubrimiento de las islas de Salomon, las revoluciones de las Filipinas, las persecuciones del Japon, y otras mil especies fuera de propósito, no hace siquiera mencion de la conversion de aquellos monarcas.

